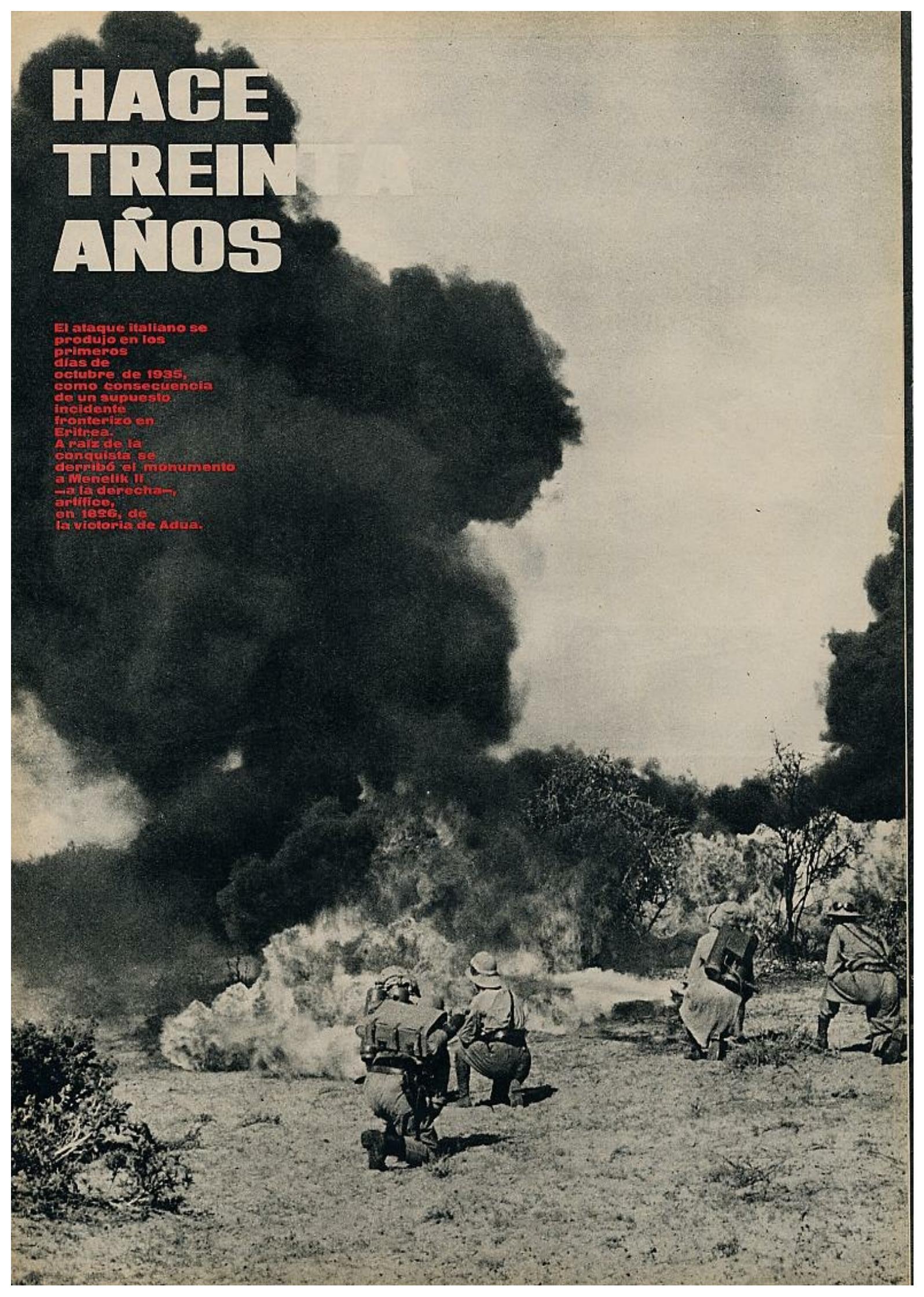


HACE TREINTA AÑOS

El ataque italiano se produjo en los primeros días de octubre de 1935, como consecuencia de un supuesto incidente fronterizo en Eritrea.

A raíz de la conquista se derribó el monumento a Menelik II —a la derecha—, artífice, en 1896, de la victoria de Adua.



LA GUERRA DE ABISINIA

Por **JUAN ALDEBARAN**



LA ULTIMA
LUCHA COLONIAL.
EL PRIMER PASO
DEL FASCISMO.
LA MUERTE DE LA
SOCIEDAD DE NACIONES.

EL Nilo pertenecerá, finalmente, a aquellos que puedan establecer su dominio sobre Etiopía y extender su influencia sobre el Sudán y después hasta las orillas del Mediterráneo».

Esta lúcida frase fue escrita por un poeta de oscura lírica, Arthur Rimbaud (que vivía en Etiopía en 1888), a quien nada en su vida y en su obra destinaban para la profecía política. La misma frase iba a aparecer muchos años más tarde en el informe de un político duro, ajeno a cualquier lírica: el vicepresidente de los Estados Unidos Richard Nixon. Italia había hecho un intento por dominar esta posición clave de Etiopía y había sido expulsada en 1896 y habían limitado lo que se llamó su «vocación africana» a lo que iba después a llamarse burlescamente «colección de desierto»: las áridas franjas costeras de Eritrea y Somalia, y más tarde Libia. La derrota italiana de 1895 —conseguida por los etíopes, en parte, con los mismos fusiles italianos que les habían sido suministrados previamente para provocar una guerra civil— fue impresionante: la más grave que un Ejército «blanco» haya sufrido nunca a manos «indígenas». A los italianos les creó un «complejo de frustración», una amar-

gura. El reparto colonial de África durante el siglo XIX y los primeros años del XX había creado vastos imperios de los que Italia se sentía excluida. Quizá sus sentimientos de entonces puedan considerarse como «sanos»: en aquella época el colonialismo no era aún una idea proscrita y la ocupación de países menores se consideraba como una parte normal de la vida de las grandes potencias. Etiopía era el único país independiente de África, y su independencia parecía un desafío continuo al poder italiano. Ciertamente, Etiopía era un país «distinto», dentro de África. Su historia de independencia se remonta a tres mil años. Sus leyendas son impresionantes. Se dice que su fundador, Menelik I, era el hijo de la Reina de Saba y del Rey Salomón. Se dice que uno de sus grandes reyes, el legendario Preste Juan, llegó a tener como tributarios a setenta reyes, y en 1647 el padre Baltasar Téllez decía haber visto la corona del Preste Juan «cubierta de placas de oro y plata en forma de flores de lis». Etiopía es, además, uno de los países cristianos más antiguos del mundo: sus reyes están cubiertos de cualquier ataque por la excomunión del culpable que, según la fórmula abisinia, «incurrirá en la cólera del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, de los doce apóstoles y de los 318 padres del Concilio de Nicea, en la maldición de Arius y la reprobación de Judá». La geografía ayuda a conservar los misterios y las leyendas de Etiopía: «un bastión rocoso, protegido por precipicios y contrafuertes, amplio en mesetas y llanuras, impe-

netrable y misterioso» (Charles-Henri Favrod, «Le poids de l'Afrique»). Esta isla cristiana en el mar africano, esta tierra en la que se sospechaban enormes riquezas de oro, esta clave del Nilo que podría asegurar toda una orilla mediterránea, había sido una tentación para Italia. Una tentación fallida. Era, por lo tanto, un buen «slogan», una excelente consigna para el fascismo.

el ataque

La mística de potencia del fascismo, resuelta en frases de irredentismo y de conquista, tenía que fijarse en Etiopía. Su ataque se produjo hace precisamente ahora treinta años, en los primeros días de octubre de 1935, como consecuencia de un supuesto incidente fronterizo en Eritrea, pero, sin duda, tras un plan cuidadosamente preparado. La guerra italo-abisinia fue uno de los acontecimientos más importantes de nuestra época, y ello por varias razones. Fue la última guerra colonial —si es que no consideramos, en nuestros días, como guerra colonial la invasión americana del Vietnam—. Fue también la primera ocasión para que el mundo —la opinión pública, la sensibilidad natural— rechazara públicamente una guerra colonial de conquista. Fue la primera gran agresión del fascismo. Y fue el golpe final al sueño de la Sociedad de Naciones. Todos estos hechos históricos se desencadenaron a partir del día 2 de octubre de 1935 cuando, después de un bombardeo de la ciudad de Adua,

En las naves que conducían a los combatientes italianos figuraban cartelones alusivos a la actitud de la Sociedad de Naciones contra la política de Mussolini.



LA GUERRA DE ABISINIA



El Duce fue tajante desde un principio en lo referente a la entonces Abisinia y hoy Etiopía. Ante los letrados que anunciaban el camino de Addis Abeba, la capital, los soldados se hacían fotos conmemorativas. Y el 5 de mayo de 1936 los italianos realizaban su conquista. Días después Mussolini entregó a Víctor Manuel el título de Emperador de Abisinia.

las tropas italianas que habían sido acumuladas en Eritrea violaron la frontera de Etiopía y comenzaron la invasión. El sobresalto se produjo inmediatamente en todas las capitales del mundo. El centro nervioso de la diplomacia mundial era entonces Ginebra, sede de la Sociedad de Naciones; fue allí donde se desarrolló la batalla diplomática.

ginebra, 1935

Cincuenta y seis naciones formaban entonces la Liga de Ginebra, la S. D. N.: algo menos de la mitad de las que constituyen hoy las Naciones Unidas de Nueva York. El delegado abisinio presentó inmediatamente la denuncia: Italia había violado el artículo 16 del «Convenio» que ella misma había suscrito, por el cual los Estados miembros se comprometían a no utilizar la fuerza para resolver sus conflictos internacionales. El delegado etíope, Teclé Hawariate, había propuesto ya el estudio del problema a partir del 15 de enero, fecha en la que había denunciado las amenazas italianas que pesaban sobre su país: en el mes de abril el delegado británico se puso a su lado pidiendo una apertura de procedimiento de conciliación. En julio, Eden viajó a Roma y trató de entenderse con Mussolini, sin conseguirlo. Más fácil le fue al jefe del Gobierno francés, Laval, cuyas inclinaciones hacia el fascismo y hacia el nazismo se demostraron más tarde —al terminar la guerra fue fusilado por De Gaulle—, a quien se le ocurrió una idea astuta: convocar una conferencia que se asemejase a la de Algeciras, por la cual Francia había obtenido el protectorado de Marruecos, en la cual Italia obtuviese el derecho legal de establecer un protectorado sobre Etiopía. Laval no se atrevió a insistir mucho en esta idea, porque temía a la opinión pública francesa; y Mussolini no quiso acogerse a esta oportunidad porque lo que necesitaba su fascismo era una guerra y un triunfo militar que justificase al nuevo movimiento y cumplierse en la práctica la «mística del poder». En septiembre se multiplicaron las

advertencias de todo el mundo hacia Roma. Un informe secreto advirtió a Mussolini que Gran Bretaña estaba dispuesta a todo, incluso a la guerra, con tal de evitar su invasión de Etiopía. Mussolini recibió este informe el 1 de octubre. El día 2 dio el orden de ataque. Los delegados de la Sociedad de Naciones se reunieron en sesión extraordinaria y tardaron poco tiempo en redactar una resolución anunciando que Italia había iniciado una guerra en contra del Pacto de la Liga. Fue la primera condena pública del fascismo.

inglaterra: hipocresía y sentimentalismo

Los grandes movimientos liberadores de la Humanidad han nacido muchas veces de una hipocresía. El movimiento antiesclavista, que tuvo su sede en Europa, nació de la necesidad de defender el azúcar de remolacha contra el azúcar de caña americana cultivada por los esclavos; privando de mano de obra negra a América, la remolacha europea debería ganar su batalla comercial. De la misma forma el Imperio británico, que gobernaba con mano dura —con bota dura— casi medio mundo, lanzó una feliz campaña anticolonialista en 1935 para evitar la agresión italiana contra Etiopía. No le interesaba en absoluto que Italia —aparte su fascismo, aparte Mussolini— dominase una zona que amenazaba directamente su Egipto —el valle del Nilo, cuya importancia estratégica había previsto casi cincuenta años atrás el poeta Rimbaud— y que podía cortar una ruta vital para él: el camino hacia la India y el Extremo Oriente. Gran Bretaña consideraba el ataque a Etiopía como la amenaza más grave que pudiera pesar sobre su imperio desde la agresión alemana de 1914, además de un peligro para su flota del Mediterráneo. Fue, por lo tanto, Gran Bretaña la que mantuvo el fuego sagrado de la libertad de los pueblos, de la lucha contra el imperialismo, de la ilegalidad de atacar a un pueblo independiente y desarmado. Las ideas lanzadas enton-



ces desde la tribuna de la Sociedad de Naciones prendieron rápidamente en la opinión pública. No han sido abandonadas nunca más. El desprestigio del colonialismo había comenzado. Al mismo tiempo, el fascismo había sido desenmascarado como agresor.

etiopía

Mientras tanto, las tropas abisinias resistían desesperadamente la agresión. No hay que creer que Etiopía —Abisinia, se decía entonces, del nombre de su región dominante— fuese un país idílico, un paraíso violado por la bota fascista. La bota fascista pisaba una tierra medieval, feudal. En Etiopía se quemaba a los asesinos a fuego lento, con algodones empapados en aceite; se cortaba la mano derecha del ladrón, se practicaba la esclavitud en las peores condiciones —aún no ha sido abolida del todo—. Una horca en la plaza pública ofrecía frecuentemente el fanteoche trágico de un ejecutado. La horca aún sigue allí: uno de sus últimos huéspedes importantes fue el general Megistu Ne-

SIGUE

LA GUERRA DE ABISINIA

way (1960), que había iniciado una rebelión contra el Negus, mientras éste estaba en el Brasil. «Las leyes del país —dijo entonces Megistu Neway— han sido burladas para privar al pueblo de sus derechos y sus privilegios, para favorecer a los ricos y unos cuantos elegidos. El pueblo de Etiopía ha esperado largo tiempo con paciencia, en la esperanza de llegar a ser un día libre de la opresión, la pobreza y la ignorancia: ha demostrado paciencia abundante, pero las promesas vacías no pueden satisfacer durante más tiempo al pueblo que quiere ahora una acción concreta para levantar su nivel de vida». La rebelión —en la que apareció complicado el príncipe heredero— fracasó y el general fue ahorcado. Quiero decir con esto que la propaganda lanzada en 1935 por Mussolini en el sentido de que Abisinia era «un país sin civilizar» ofrecía ciertas bases de crédito, de la que había que exceptuar una importante: la de que el fascismo pudiera mejorar las condiciones, porque el fascismo no estuvo jamás calificado para hablar en nombre de la civilización. Etiopía luchaba con arcos y flechas, con lanzas, con viejos fusiles vendidos por contrabandistas de armas, frente a los «bersaglieri». Aún hoy los artesanos de Addis Abeba siguen pintando y tallando escenas de lucha entre abisinios e italianos. El espectáculo estaba hecho para conmover más al mundo: los cañones, los aviones del Duce, bombardeando e incendiando las pobres chozas tribales de Abisinia. Las balas dumdum y explosivas destrozando los pechos de los guerreros descalzos que fieramente blandían sus lanzas. La primera conquista del fascismo fue también su primer desprestigio.

un personaje de museo

De aquella confusión brotó al mundo un nuevo personaje. Era cómico y conmovedor al mismo tiempo. El Negus, tímido, diminuto, to-



El mariscal Emilio di Bono fue una de las principales figuras de la conquista italiana. Más tarde fue mandado fusilar por Mussolini en Verona.

cado a veces con un sombrero hongo sobre su rostro negro y barbudo, a veces sobre un gorro emplumado; perseguido por un servidor que protegía al Emperador con un viejo paraguas. El Negus, desolado peregrino de las cortes europeas, pidiendo una ayuda que tardaba en venir, resultaba la contrafigura del Duce, arrogante, henchido, tonante, poderoso. El Negus, con su capita corta y su pantalón ceñido, fue en 1935 la representación de la sencillez humillada. No puede decirse que este curioso personaje sea el símbolo de la democracia y de la libertad. Gobernador de provincia a los catorce años, personaje de Corte hasta ser proclamado rey, poseedor de una inmensa riqueza en un país de hambrientos, revestido de una personalidad sagrada; su propio nombre, Haile —Haile Selassie— quiere decir «poder», el poder heredado en línea directa de sus fabulosos antepasados, el Rey Salomón y la Reina

de Saba. Aún hoy —probablemente es el decano de los jefes de Estado— recibe en su extraño y rico palacio de Addis Abeba, flanqueado por dos leones vivos y sueltos; cuando alguno de sus súbditos es admitido a su presencia, debe arrastrarse por el suelo hasta el trono, con la cara pegada a tierra, y debe retirarse sin dar jamás la espalda al Emperador. Haile Selassie es precisamente lo contrario de lo que su leyenda de entonces quiso significar. Es lo suficientemente astuto como para prevalecer en una Corte de intrigas florentinas, lo suficientemente fuerte como para aplastar con sangre cualquier intento de rebelión, lo suficientemente diplomático como para jugar con las ambiciones internacionales sobre su país.

la guerra

La conquista duró siete meses. Demasiado tiempo para la desigualdad de medios. Los aviones «Caproni», los tanques del Duce, los batallones de «bersaglieri», frente a viejas escopetas y lanzas mal afiladas. La guerra fue de una crueldad absoluta por ambas partes: mutilaciones, torturas, incendios. Etiopía perdió prácticamente todos sus dirigentes. Seis mil jóvenes etíopes fueron asesinados. En la primavera de 1936 se vio que la resistencia etíope no podía continuar. Nadie le prestó ayuda, nadie le envió armamento válido. En todo el mundo democrático se hicieron suscripciones populares, se enviaron medicamentos, ambulancias sufragadas por organizaciones benéficas... Pero esto fue todo. El 5 de mayo las fuerzas italianas entraron en Addis Abeba. Pocos días después Mussolini entregaba a su rey, Victor Manuel, el título de Emperador de Abisinia.

las consecuencias

La Sociedad de Naciones había proseguido, mientras tanto, sus infructuosas discusiones. Se habían votado sanciones contra Italia, especial-

Dado el carácter de gran triunfo nacional y fascista que se dio desde el principio a la conquista de Etiopía, por allí pasaron las máximas figuras del momento:





Nombrado gobernador de Libia en 1933, el mariscal Italo Balbo murió en Tobruk en 1940, al abatir su avión la artillería italiana durante un bombardeo británico.

Ciano, a la izquierda, y Vittorio Mussolini y Pavolini.



mente el embargo de la gasolina y el bloqueo de ciertas materias primas que se consideraron como imprescindibles, pero que no lo fueron. Gran Bretaña llegó a mantener en estado de alarma su flota del Mediterráneo, pero no se atrevió a intervenir contra los barcos italianos, ni siquiera contra ciertos barcos contrabandistas que suministraban a Italia las mercancías embargadas. Finalmente, la situación de hecho quedó aceptada, y Etiopía desapareció como nación independiente. Cuando Haile Selassie acudió a Ginebra, en septiembre de 1936, se le negó el acceso a la sala de sesiones de la Sociedad de Naciones. El mismo lo recordaba dieciocho años más tarde, cuando, reintegrado ya a su trono, hizo una visita oficial a Ginebra. «Aquí —dijo, señalando un escaño— me senté en septiembre de 1936... Me dijeron que yo no tenía ya Estado y que no tenía derecho a sentarme a la mesa del Consejo... Me quisieron sentar en los bancos de la prensa. Así lo exigía Mussolini. Sus voluntades eran sagradas. Solamente Litvinov (el delegado soviético) intervino. Sencillamente, se dirigió al secretario general, Joseph Avenol, para decirle que él también se levantaría de la mesa del Consejo si me obligaban a mí a abandonar...».

Las consecuencias de esta debilidad de la Sociedad de Naciones fueron varias y graves. En primer lugar, se demostró su incapacidad para evitar una guerra de agresión contra uno de sus países miembros: la larga carrera del fascismo pudo comenzar con impunidad. En segundo lugar, echó a Italia en brazos de Alemania. Alemania se había retirado de la organización internacional para violar sus acuerdos internacionales. En marzo de 1935 Hitler había anunciado que no tendría en cuenta las cláusulas del armisticio e inició un reclutamiento de quintas y el rearme general. (Prácticamente este rearme de Alemania llevaba años realizándose, pero en la clandestinidad.) Un año después envió sus tropas a las ciudades desmilitarizadas de Renania. Por documentos encontrados más tarde se ha sabido que los planes de Hitler eran retirarse inmediatamente si las tropas francesas no se movieron, y el plan de Hitler, su primer movimiento militar, fue un triunfo. La propia Italia estaba entonces inquieta por Alemania —que había sido su enemiga en la guerra anterior, y se había reunido con sus aliados en Stresa para tomar decisiones frente a Hitler. Pero, **SIGUE**

LA GUERRA DE ABISINIA



Entre las personalidades que participaron en la campaña estuvo el secretario del partido fascista, Achille Starace, que aparece en la fotografía superior atravesando el Lago Tana. Abajo, la detención de Ras Aillú, uno de los resistentes contra los que tan dura campaña llevó el mariscal Graziani, con 250.000 hombres.

firmó un pacto etíope-británico: meses más tarde se formaba un Parlamento y un Gobierno independiente. Pero la retirada de los británicos no hubiese probablemente sucedido de no mediar una presión americana. Que, a su vez, colocó un consejero en el Ministerio de Asuntos Exteriores, envió un grupo económico presidido por Stettinius, formó una compañía encargada del «desarrollo de los planes nacionales» —presidente, el general Wilson, del ejército de los Estados Unidos—. La Sinclair Oil obtuvo una amplia zona de investigación petrolera. John D. Rockefeller inauguró una serie de viajes de hombres de negocios americanos... El Negus fue suficientemente inteligente como para aceptar también la ayuda soviética y buscar así —dando ejemplo a otros países subdesarrollados— el equilibrio entre los dos campos opuestos que puede permitir una apariencia de independencia. Aún Etiopía está muy lejos de la democracia. Sin sindicatos, sin partidos políticos, con prensa mediatizada. Pero de Addis Abeba han salido los primeros movimientos de Unión Africana; y se realizan interesantes esfuerzos por el establecimiento de programas de revaloración económica.

J. A.

